



MAURO MATHEI, OSB

ITINERARIO Y TIEMPO DE JUAN CASIANO

(365-435)

1. Exordio

No es ejercicio de ociosa curiosidad seguir las huellas del gran maestro de la vida monástica que fue Juan Casiano, desde su nacimiento en la antigua Escitia -hoy la Dobrudja de Rumania-, pasando por Palestina y Egipto, siguiendo a Constantinopla y Roma, para terminar en Marsella, ya que su camino, aparte de permitirle el encuentro con grandes personajes y el roce con no pocos conflictos divinos y humanos de la época, nos revela también -y no poco- de su propia y, por cierto, atrayente persona.

En su vasta trayectoria fue pródigo admirador de otros, dado más a la alabanza que a la crítica, lo que suele ser indicio casi infalible de humildad. Discreto y cortés, supo mantenerse casi siempre al margen de las contiendas teológicas que apasionaban a sus contemporáneos, y era demasiado noble de carácter como para abanderizarse ciegamente con alguna facción, dejando de reconocer las razones de la parte contraria. Lo que nosotros consideramos los grandes acontecimientos históricos de su tiempo: las mareas de peregrinos en busca de Tierra Santa y las otras mareas de inquietos bárbaros, las perfidias y debilidades de Arcadio y Honorio, hijos pequeños de un gran Teodosio, la depredación de Roma por Alarico, lo tuvieron sin cuidado. Los mencionaba tan poco como más tarde San Benito mencionaría a los ostrogodos, es decir, nunca. Por el contrario, tenía ojos ávidos para aquellos “faros sublimes” que emitían sus luces en las bocas del Nilo, los Piamon, los Pafnucio, los Nésteros y sus oídos no se fatigaban de escuchar los relatos de sus batallas espirituales y de asimilar sus doctrinas de perfección. “No he querido dar más que instrucciones necesarias para la vida perfecta y no pastos para la vana curiosidad de mis lectores, sin provecho para la enmienda de sus vicios”, confesará programáticamente al comienzo de su decimoctava *Colación*.

2. Patria y juventud en la “jucunda amoenitas” (365-380)

Nuestro hombre era cultísimo y manejaba a gusto las dos grandes lenguas del Imperio romano, el griego y el latín, lo cual revela la calidad social de su familia y la intelectual de su formación. En cuanto a la primera confesaría no sin nostalgia que sus padres eran “religione et pietate praediti”¹, es decir “excelentes en la fe y en la piedad”; que eran “asiduos en la atención a sus hijos”; que poseían bienes materiales que “cum gaudio” compartían con su prole; que sus posesiones, heredadas de sus mayores, se encontraban en regiones de “jucunda amoenitas”, es decir de bellos paisajes, de extensos bosques, aptos para deleitar corazones de monjes. En cuanto a lo segundo, es decir, su formación, dejará caer por aquí y por allá que “ha podido escribir con un tanto de estilo”²; que le parece tener “un tenue conocimiento de las letras”; que se ha “impregnado” de la literatura antigua, gracias al celo de su pedagogo y a sus “continuas lecturas”; que su mente se encuentra “infectada” de poesías, fábulas frívolas e historias épicas que le fueron enseñadas en la infancia. Todo esto, lejos de enorgullecerlo, dice, le turba el espíritu a la hora de la plegaria; el recuerdo de los poemas aprendidos de niño y la imagen de los héroes y sus combates, lo distrae en su diálogo con Dios³.

Si Casiano, en un arranque de quinto grado de humildad, manifiesta estos recuerdos y pensamientos al abba Nésteros, como pidiendo alivio y absolución, lo hace sin duda con un sentimiento leal de modestia y compunción, muy ajeno a los arrepentimientos un tanto retóricos de que hacía gala su contemporáneo San Jerónimo, cuando de literatura clásica se trataba.

Accedió al indudable valor de su infancia el otro, no menos digno de su amistad espiritual con

Germán, mayor que él y compañero indefectible tanto en la vocación monástica (que identifica por el clásico nombre de “renuntiatio”), como en la peregrinación emprendida por ambos para aprender la “milicia espiritual”, como finalmente en los “ejercicios del cenobio”. Aunque puesta en boca del abad José, la alabanza de la amistad espiritual, a la que Casiano dedica la *Colación XVI*, bien puede reflejar su experiencia personal. El lazo que une a los amigos verdaderos es la “similitudo virtutis”, el parecido en la virtud: “esta es la verdadera e indisoluble dilección, dirá Casiano por boca del abba José, la que crece con la perfección y la virtud gemelas de los dos amigos y cuyo nudo, una vez atado, no es deshecho ni por la diversidad de los deseos, ni por el enfrentamiento de voluntades contrarias”⁴.

Ambos, Germán y Casiano, se encaminaron a Palestina, llevados como tantos otros en aquella época, por el deseo de visitar los santos lugares, pero ante todo -y lo volvemos a citar- “para formarse en la milicia espiritual”. Si con Dom Pichery admitimos como año de nacimiento de Casiano el 365⁵, hay que llegar a la conclusión de que Casiano debe haber tenido 16 o 17 años cuando, como Abraham, “dejó tierra y parentela”, para nunca más volver a ellas. Él mismo declara en el prefacio de sus *Instituciones* que vivió con monje “desde su infancia” y que fue formado por sus “cotidianas exhortaciones y ejemplos”, y su amigo Germán dirá en la *Colación XVII*, 7 que los monjes de Palestina les enseñaron “a parvulis magna conari”, es decir, a formar grandes resoluciones desde la más joven edad.

Si la hermosa patria de ambos jóvenes fue la Escitia, como afirmará Genadio en el 470 en su *De viris illustribus*, es decir, un extremo del Imperio romano que actualmente se identifica con Rumania, para llegar a Belén forzosa e inevitablemente debían franquear Constantinopla, fuera por el mar o por la tierra. Según nuestra reconstrucción cronológica lo debieron hacer en un momento particularmente decisivo.

3. Teodosio: el Imperio salvado y la Iglesia católica reconocida

En efecto, a partir del año 375 el pueblo de los godos, que residía en las márgenes del río Dneijper, en la actual Ucrania, había sido desplazado de su *habitat* por los hunos, obligándolos a transponer las fronteras del Imperio en toda la línea del Danubio, precisamente en lo que en nuestra época son Rumania y Bulgaria. Valente (365-378), hermano de Valentiniano I y que era emperador en la parte oriental del Imperio, se dispuso a enfrentar la marea invasora, pidiendo auxilio a su sobrino Graciano, que desde el 375 imperaba en Occidente. Valente no había sido favorable a los católicos nicenos, sino que había seguido la tendencia pro-arriana de todos los descendientes de Constantino; pero toleraba a los católicos, llevado por una especie de respeto personal hacia San Basilio, con quien había tenido un encuentro memorable. No se sabe por qué premonición Valente, ya a la vista de las huestes godas, había revocado todos los edictos de exilio contra los nicenos y después, sin esperar la llegada de los refuerzos solicitados, se había lanzado al encuentro de los invasores. Fue esa la gran batalla de Adrianópolis (Edirne, en la actual Turquía europea, entonces Tracia)⁶, el 9 de agosto de 378, en el que el malhadado Valente perdió trono y vida. En ese peligro Graciano, su sobrino y sucesor, decidió asociar al gobierno a un talentoso militar nacido en el 346 en España: el futuro Teodosio el Grande, nombrado corregente y augusto de Oriente. Haciendo honor a su futuro nombre logró en el año 380 contener pacíficamente a los godos, aunque no estuvo en su poder evitar la conversión masiva de éstos al arrianismo, que se debió al influjo del famoso obispo Ulfilas. Este había sido consagrado en el 341 por Eusebio de Nicomedia, había traducido la Biblia al godo y moriría en el 383.

Solucionada esta grave contingencia de política exterior, los emperadores Graciano y Teodosio, que providencialmente eran católicos y nicenos, se abocaron a la paz religiosa del Imperio. Por el edicto “Cunctos populos” del 28 de febrero del 380 los supremos regentes declaraban que era su voluntad que todos sus súbditos vivieran en la fe que el apóstol Pedro había transmitido a los romanos y que en el presente era profesada por el Papa Dámaso de Roma y el obispo Pedro de Alejandría. Sólo los que tenían esa fe podían llamarse cristianos católicos, mientras que los demás estaban manchados por la infamia de la herejía, no podían llamar “iglesias” sus lugares de culto y debían temer las sanciones divinas, no menos que las imperiales.

Con esto Teodosio notificaba a la ciudadanía que él toleraría y promovería únicamente la

confesión en la que había sido educado en España y que entretanto se había convertido en la de la mayoría de los romanos. En enero del 381 un nuevo edicto equiparaba esta fe católica con la del Concilio de Nicea. Teodosio mismo había sido bautizado en el 380 en Tesalónica por el obispo Acobio, que era niceno. De Tesalónica el emperador se trasladó a Constantinopla. Depuso allí al patriarca Demófilo que se había resistido a dejar su arrianismo por la fe ortodoxa y puso en su lugar a Gregorio Nacianceno, que desde el año anterior había estado a cargo de la comunidad católica. Teodosio en persona acompañó a Gregorio en su toma de posesión en la iglesia de los Santos Apóstoles de Constantinopla.

Para afianzar estas conquistas el gobernante pensó en la celebración de un concilio, confiándose al obispo Acobio de Tesalónica. Este se comunicó con el Papa Dámaso, quien ya estaba enterado y aprobaba el proyecto. A invitación del emperador en mayo del 381 llegaron a la capital 150 dignatarios eclesiásticos, entre los que descollaba el obispo Melecio de Antioquía, cabeza de los nicenos desde la muerte de Basilio Magno en el año 379. También fueron invitados los adversarios de la divinidad del Espíritu Santo, llamados burlescamente “pneumatomacos”, es decir, “combatientes contra el Espíritu”. El emperador saludó con especial deferencia a Melecio, pero en seguida se ausentó de las sesiones para respetar la libertad de los Padres. Estos reconocieron a Gregorio de Nacianzo como obispo de Constantinopla. Cuando imprevistamente murió Melecio de Antioquía, Gregorio quedó como cabeza de los ortodoxos.

Fruto eminente del Concilio fue el llamado Símbolo nicenoconstantinopolitano, que ya tenía su antecedente en el Credo usado por Cirilo de Jerusalén -presente en el Concilio- en sus catequesis. Pero las actas del Concilio de Calcedonia lo atribuirán más tarde sin más a los Padres de Constantinopla. Esta profesión de fe deja intacta la de Nicea, pero añade algunas ampliaciones, de las cuales la más importante es la que declara: “Creemos en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria y que habló por los profetas”.

Con ellos se proclamaba la divinidad del Espíritu Santo y se fulminaba el anatema contra la doctrina arrianizante de los *pneumatomacos*.

El 30 de julio de 381 Teodosio exigía por decreto imperial la entrega de las iglesias a manos de los obispos que profesaban la fe constantinopolitana. La Iglesia católica quedaba ya para siempre reconocida y el arrianismo, durante medio siglo triunfante, se batía en retirada. Solamente la circunstancia de que los godos habían recibido la fe en aquella versión herética hizo que el arrianismo perviviese aún dos siglos más entre visigodos, ostrogodos y vándalos.

Otra consecuencia de aquel concilio fue que por su canon tercero se le otorgaba a Constantinopla y a su patriarca el segundo lugar después de Roma y de su obispo, con el argumento de que ella era “la nueva Roma”. Este decreto era más bien político que religioso y contra él vanamente elevarían sus voces los Papas León y Gregorio Magno.

El concilio no se había considerado a sí mismo como “ecuménico”, ya que sólo habían asistido obispos de Oriente. Sólo a partir de Calcedonia fue considerado el de Constantinopla como el segundo ecuménico. El concilio de 553, convocado por el emperador Justiniano, se proclamó como segundo de Constantinopla y quinto ecuménico y cita los cuatro anteriores: Nicea, primero de Constantinopla, Éfeso y Calcedonia como otros “cuatro evangelios”, así lo hará también S. Gregorio Magno.

4. La afluencia a Belén y a la nueva Jerusalén

La “renuntiatio” y la “peregrinatio” fueron en Casiano y su amigo Germán una sola cosa. Hacerse monje era para ellos, como para los eximios modelos que imitaban, morir “vere”, verdaderamente, a “huic conversationi mundanae” (“este modo de vivir mundano”), deshacerse de los afectos de los padres y romper los nexos “actuum saecularium”⁷. De allí ninguna mención de los godos que infestaban los caminos del imperio; ni de la “nueva Roma” y su concilio, por la que debieron pasar; ni siquiera de la divinidad del Espíritu Santo recientemente proclamada. Tierra Santa fue su primer destino, que abordaron recalando probablemente, como lo harían pocos años después Jerónimo y Paula, en Chipre. Los dos amigos golpearon a las puertas de un monasterio

“situado no lejos de la gruta donde Nuestro Señor Jesucristo se dignó nacer de la Virgen”, como dirá respetuosamente en sus *Instituciones*⁹.

Esta escueta observación cobra más vida si la situamos en su contexto histórico: la ciudad santa de Jerusalén había sido destruida el año 70 d. C. en el asedio sucesivo de Tito y Vespasiano y permanecido en ruinas hasta que en el año 135 fuera reconstruida por el emperador Adriano, con el nombre de “Aelia capitolina”. Era intencionadamente una ciudad enteramente pagana, destinada a borrar hasta el recuerdo de su pasado judío y cristiano. Según la *epístola* 58, 3 de San Jerónimo, en el lugar de la resurrección se levantaba una estatua de Júpiter y en la roca de la Cruz un mármol de Venus. La misma profanación se había cometido en la vecina Belén, ocho kilómetros al Sur de Jerusalén. El mismo Jerónimo escribe indignado: “Belén que ahora es nuestra y es un lugar venerabilísimo de la tierra, del cual el salmista cantó ‘la fidelidad brota de la tierra’, quedaba a la sombra de un bosque (sagrado) de Thamuz, es decir de Adonis; y en la gruta en la que una vez había lloriqueado Cristo niño, se hacían las lamentaciones por el amante de Venus”.

A pesar de estos “horrores de abominación”, los cristianos conservaban el recuerdo de los lugares santos y ciertamente en Belén el culto del bello Adonis nunca pudo desplazar el de la Natividad del Señor.

Instaurado el cristianismo, el emperador Constantino desplegó intensa actividad para devolverle a Jerusalén su verdadero rostro de ciudad santa. A la vuelta del concilio de Nicea (325 d. C.), Macario, en aquel entonces obispo de la ciudad y descubridor de los santos lugares, llevó a cabo, patrocinado y financiado por el emperador, la edificación de los santuarios cristianos, destruyendo los paganos de Adriano. Centro glorioso de la nueva Jerusalén llegó a ser la basílica sobre el Gólgota, compuesta por tres grandes espacios: la “Anástasis” sobre el sepulcro vacío, edificio circular de treinta metros de diámetro; el gran atrio con el montículo de la Cruz y la gran basílica del “Martyrium” o iglesia mayor, con su nave central de cuarenta y cinco por veintiséis metros y sus cuatro naves laterales. Más o menos al mismo tiempo se habían levantado sendas magníficas iglesias en el Monte de los Olivos (Egeria la llamaría “Eleona”), en Getsemaní, en memoria de la agonía del Señor (tres naves con sus respectivas ábsides) y en Belén. Fue el mismo Constantino que dispuso que se levantara esta basílica sobre la gruta en que había nacido Jesús y fue la emperatriz Elena, su madre, la que se preocupó de su ornamentación. Así las “tres grutas místicas” fueron coronadas por sus respectivas basílicas: la Anástasis, la Eleona y la de Belén. Esta última es la única que se ha conservado hasta hoy en su forma primitiva, con excepción de la zona absidal, que sería ampliada en tiempos del emperador Justiniano.

En el año 335 se había celebrado con nunca vista solemnidad la dedicación de las basílicas del Gólgota en presencia de numerosos obispos. En la cima del monte de los Olivos, sobre el lugar en que la tradición situaba la Ascensión del Señor, el obispo Cirilo de Jerusalén había hecho edificar en 378 la iglesia que Egeria llamaría “Imbomon”, es decir “en la cumbre”. Su sucesor, Juan de Jerusalén, hizo construir sobre el lugar del Cenáculo la iglesia de la “Santa Sión” y a casi tres kilómetros al oriente de Jerusalén el “Lazarium”, en memoria de la resurrección de Lázaro (antes del 390).

Si Macario fue el obispo de las principales construcciones sagradas de Jerusalén, su sucesor Cirilo (348-386), que probablemente era monje, fue el magnífico inspirador de su vida litúrgica y sacramental. Sus famosas *Catequesis* para los que se preparaban a recibir los sacramentos de la iniciación cristiana en la Vigilia pascual, fueron pronunciadas hacia el comienzo de su pontificado. Las cinco últimas, llamadas también *Catequesis mistagógicas*, son atribuidas más bien a su sucesor, Juan de Jerusalén (386-417). Cirilo había sido uno de los obispos perseguidos por el malhadado emperador Valente y había pasado entre diez y quince años de destierro. Restituido en su sede por Teodosio, pudo asistir al Concilio de Constantinopla de 381. Sus magníficas *Catequesis* son uno de los principales testimonios de las conversiones en masa de la época post-nicena y del esplendor de la liturgia jerosolimitana. El catecumenado debió organizarse sólidamente para obviar el desbordamiento espiritual de la afluencia de tantos paganos a la Iglesia. A la misma necesidad pastoral de las catequesis de Cirilo de Jerusalén obedecían el *De sacramentis* y el *De mysteriis* de San Ambrosio (390), el *De catechizandis rudibus* de San Agustín (400), las *Catequesis bautismales* de San Juan Crisóstomo (390-398) y las *Homilias catequéticas* de Teodoro de Mopsuestia.

Ahora bien, también la vida monástica era para la Iglesia un instrumento para obviar el

desafío de la mundanización. Cuando Casiano y Germán iniciaban su noviciado en Belén, Cirilo era el obispo de la diócesis. Cuando éste moría, el 18 de marzo de 386, los jóvenes monjes ya se habían encaminado hacia Egipto. En el tiempo del sucesor de Cirilo, el obispo Juan, habría que situar la peregrinación de Egeria. En su ahora tan famoso *Itinerario*, la religiosa hispana trazaba un vivísimo cuadro de la liturgia en la ciudad santa a fines del siglo IV. La misma actitud de admiración humilde que ella manifestaba entonces ante la liturgia hierosolimitana la tendría Casiano frente a los maestros espirituales del desierto.

Ya Eusebio de Cesarea había descrito con elocuencia en el capítulo décimo de su *Historia eclesiástica* el flujo de los peregrinos hacia las basílicas, los himnos y cánticos sagrados que allí resonaban, las proclamaciones sonoras de la Palabra de Dios, las predicaciones de los obispos, el esplendor de las liturgias sagradas. Egeria, a su vez, destacaría las características de la liturgia hierosolimitana, que eran la actualización dramática de los sucesos redentores, y la importancia de los signos externos.

Casiano no puede haber estado ausente de las celebraciones litúrgicas en el Gólgota o en Belén, pero ningún pasaje de sus obras nos revelará lo que pudo allí haber visto y sentido. A él, más que los lugares santos y los esplendores litúrgicos le atraían los hombres santos, aquellos “monazotes” aficionados a las vigiliyas y aquellos “ascetas” más escondidos que menciona el relato de Egeria.

En todo caso debemos encuadrar el viaje de los amigos escitas a Belén en el tiempo de la gran fiebre de peregrinación a Tierra Santa que afectó entonces por igual a los grandes personajes de la época como a los innumerables devotos anónimos. San Gregorio de Nisa afirmaría que una visita a Tierra Santa era “parte integrante de la piedad cristiana”⁹; San Jerónimo sostendría que “adorar donde estuvieron los pies del Señor es parte de la fe”¹⁰.

Espigando las noticias de los contemporáneos de Casiano sobre los motivos que llevaban a tantos hombres y mujeres a emprender aquellos viajes tan largos e incómodos se pueden destacar los siguientes: 1. la simple devoción cristiana; 2. el deseo de conocer y visitar las famosas basílicas¹¹; 3. las emociones de la liturgia de Jerusalén¹²; 4. el deseo de identificar los lugares de la Biblia. A este propósito San Jerónimo estamparía el axioma siempre válido: “Se lee mejor la Biblia cuando se ha visitado Palestina”¹³; 5. “last not least”: el deseo de combinar la visita a los lugares santos de Palestina con la de los santos monjes de Egipto.

Donde está el cuerpo, allí se congregan las águilas: San Jerónimo aplicaba esta cita de Mt 24, 2 para referirse a la masiva presencia de monjes de todas partes del mundo en Tierra Santa¹⁴. Es que dejar la patria y la parentela y ponerse en marcha hacia Jerusalén era entonces una forma particular de comenzar la vida monástica¹⁵. Fue precisamente en la época de Casiano, o poco antes, que el Monte de los Olivos comenzó a poblarse de cenobios, hospicios de peregrinos, oratorios y eremitorios.

Evocar el nombre de “Monte de Olivos” es al mismo tiempo evocar el de tantos viajeros ilustres que pasaron por él y que fueron conocidos de Casiano en diverso grado:

- **Melania, la Mayor**, linajuda dama romana, nacida hacia el 340 y casada con Valerio Máximo, prefecto de Roma, quedó viuda en el año 364, dedicándose a la vida ascética. Dejando a su hijo Publícola en Roma viajó en el 372 a Egipto para visitar a los Padres del Yermo. Varios apotegmas recordarán su paso por el desierto. En Alejandría se encontró con Rufino de Aquilea y ambos asistieron a las clases de Dídimo y de Teófilo de Alejandría, el futuro patriarca. Rufino se quedó más tiempo en la gran escuela de catequesis, mientras Melania seguía viaje a Tierra Santa. En el Monte de los Olivos fundó antes del año 375 un monasterio para cincuenta vírgenes que ella misma presidía y donde ofrecería amplia hospitalidad a los peregrinos. Paladio, que sería uno de ellos, escribiría más tarde en el capítulo 55 de su *Historia lausiaca* que Melania tenía tal afición a la Sagrada Escritura que leía cada libro siete a ocho veces y diría de ella “que era muy sabia porque amaba la Palabra”. Evagrio Póntico, que también sería uno de sus huéspedes, le escribiría una carta, que es uno de sus tratados más místicos: la “Gran carta de Evagrio a Melania la Mayor”

- **Tiranio Rufino de Aquilea**, nacido en 345 y amigo de San Jerónimo desde sus tiempos de estudiante en Roma (360-368), después de visitar a partir de 372 a los Padres del desierto y de haber estudiado en la Escuela de catequesis de Alejandría, se había establecido en 380 en el Monte de los Olivos, no lejos de Melania, donde fundó un monasterio y fue ordenado sacerdote por

Cirilo de Jerusalén. San Jerónimo, que se establecería seis años más tarde en Belén, atribuye a Rufino la “Historia monachorum in Aegypto”, pero en realidad él no fue más que el traductor latino de este relato de siete monjes del monasterio de Rufino o al menos de Jerusalén, que entre los años 394 y 395 visitaron a los monjes y monasterios de Egipto, en un tiempo en que Casiano y su amigo Germán realizaban el mismo tipo de experiencia. Origenista convencido, al igual que Melania, Rufino permanecería en Jerusalén hasta el año 397.

- **Evagrio Póntico**, otro de los huéspedes ilustres de Melania, había nacido el año 345 en Iborra del Ponto. Era, pues, de la misma edad de Rufino. Perteneció al círculo de los discípulos de San Basilio y fue ordenado lector por él. Prefirió seguir a San Gregorio de Nacianzo, atraído por una gnosis de tipo platónico. Este lo ordenó diácono en 381, es decir, en los días del Concilio de Constantinopla. Huyendo de cierta “femme fatale” había dejado la capital en 382, para recobrar santidad en Jerusalén, más precisamente en el monasterio de Melania en el Monte de los Olivos. Aconsejado por la gran mujer, cuyas simpatías por Orígenes él compartía, Evagrio partió al desierto de Nitria en 383. Allí estuvo dos años, trasladándose después al desierto de las Celdas, donde se hizo discípulo de Macario el Grande y comenzó a ganarse la austera dieta monacal copiando libros y escribiendo otros, que lo pondrían en el firmamento de la literatura monástica: el *Praktikós*, el *Gnostikós*, las *Centurias gnósticas*, pero ante todo el *Tratado de los ocho espíritus malignos*, que tanto influiría en la doctrina de Casiano sobre los ocho vicios capitales. Debemos suponer que Casiano, Germán y también Paladio lo visitaban en su retiro, antes de que falleciese a la temprana edad de cincuenta y cuatro años, en 399. También es posible que lo hubieran conocido con ocasión de su pasada por el monasterio de Melania, en 382.

- **Paladio**, otro de nuestros viajeros ilustres, había nacido en Galacia en 363 o 364 y recibido una buena formación clásica. Hacia el 386 apareció en Palestina y pasó dos o tres años con un asceta llamado Inocencio, en el Monte de los Olivos. Producido el lógico contacto con Melania y Rufino, estos le aconsejaron, igual que antes a Evagrio, que fuera a conocer a los ascetas de Egipto. Paladio pasó el año 388 en Alejandría con el sacerdote y asceta Isidoro y el siguiente con un ermitaño llamado Doroteo, cerca de Tebas. En el 390 se trasladó a Nitria y de allí a las Celdas (“Kellia”), donde vivió nueve años, primero con Macario Alejandrino (~ 394) y después con Evagrio Póntico, del cual habla en el capítulo 38 de su *Historia lausíaca*. Al morir Evagrio, Paladio se fue a Palestina y de allí a Constantinopla. Allí, en el año 400 se convirtió en obispo de Helenópolis de Bitinia (ciudad cercana a Nicomedia y Calcedonia) y fue, al igual que Casiano, admirador y aliado de San Juan Crisóstomo.

- Terminamos nuestro elenco de peregrinos famosos de Tierra Santa con los nombres de **Jerónimo** y de **Paula**, su dirigida. Ambos habían dejado Roma el año 385. Pasando por Chipre, donde fueron a saludar a su obispo Epifanio, y por Antioquía, se encontraron en Jerusalén con Melania y Rufino. Después del obligado viaje a Egipto y de una visita a Dídimo de Alejandría, Jerónimo y Paula se establecieron definitivamente en Belén, donde fundaron sendos monasterios y también acabaron sus vidas, Paula en el año 404, Jerónimo en 419 o 420.

Si consideramos la lista de estos viajeros ilustres, que Casiano sin duda conoció, vemos que el más próximo a él -aparte de Germán- era Paladio. Ambos eran de la misma edad y, aunque provenientes de patrias diferentes, recorrieron el camino hacia Tierra Santa y de allí a Egipto. Ambos estuvieron a los pies de Evagrio Póntico primero y de Juan Crisóstomo después; ambos viajaron a Roma en el año 404 y si Paladio contaba cincuenta y seis años al redactar (en 419-420) su *Historia lausíaca*, Casiano era más o menos sexagenario cuando escribía sus *Instituciones* y su *Colaciones*.

5. Junto a la gruta mística de Belén (382-394)

Casiano tenía menos de veinte años cuando con Germán se hizo postulante en un monasterio “situado no lejos de la cueva donde Nuestro Señor Jesucristo se dignó nacer de la Virgen”¹⁶. En las *Inst.* III, 4 dirá que allí Cristo “confirmó con su gracia nuestra infancia tierna y lactante aún en la vida religiosa”. Desde aquel santo lugar se procuró su vasto material de información sobre las costumbres de los monasterios de Palestina, Siria y Mesopotamia, muy probablemente a través de relatos orales. Pero más decisivo fue su encuentro en el mismo cenobio betleemita con el monje

egipcio Pinufio, descrito por él en el cuarto libro de sus *Instituciones*. Pinufio, monje y presbítero, era abad de un cenobio muy grande no lejos de la ciudad de Panéfnis en el delta del Nilo. Anhelando mayor soledad y humildad se había fugado secretamente, primero a un monasterio de la Tebaida y, descubierto allí después de tres años y reconducido a su casa, había hecho un segundo intento de “xeniteia”, precisamente en el monasterio donde estaba Casiano. La “xeniteia” o “peregrinatio” era el ideal de muchos monjes de la antigüedad de vivir su vida monástica fuera de la patria, entre gente de “otra lengua”, hallando así mayor soledad. Pero en el caso de Pinufio, al decir de Casiano ¹⁷, “muy pronto unos hermanos que habían venido de Egipto con ocasión de visitar los Santos Lugares, lo reconocieron y, rogándole con insistencia, lograron que volviese al seno de la comunidad”. Ahora bien, Pinufio había compartido la celda de noviciado con los jóvenes escitas y los había honrado con su amistad. Ella fue el motivo determinante para que los dos amigos pidieran el permiso para ir a visitarlo en su patria egipcia. El suceso es referido tanto en el libro IV de las *Instituciones* como en la *Colación XX*, atribuida precisamente a “abba Pinufio”.

La amistad que yo había trabado con este anciano durante el breve tiempo que estuvo en nuestro cenobio, confiesa Casiano, me indujo más tarde a buscarle con gran diligencia, cuando visité Egipto.

En la *Colación XX*, 2 revela que petición de permiso y viaje ocurrieron “post non longum tempus”:

Cuando, poco tiempo después, el deseo de ser instruido en la ciencia de los santos (“sanctae institutionis desiderium”) nos impulsó a viajar a Egipto, nos pusimos a buscarlo, con grandes sentimientos de afecto y un inmenso deseo de verlo. Él nos recibió con tanto gusto y caridad, hasta el punto de honrarnos, a título de antiguos compañeros de celda (“tamquam pristinos syncellitas”), alojándonos en su propia celda, que había construido en el rincón más alejado del jardín.

Abba Pinufio no figura en la lista de los Padres de los *Apotegmas*. Pero Casiano proporcionaría dos preciosos documentos de su doctrina. Uno es la alocución que Pinufio pronunció, en presencia de Casiano, en la entrega del hábito monástico a un hermano, reproducida en el cuarto libro de las *Instituciones* (capítulos 32-43). El Maestro y San Benito se inspirarían largamente en él. El segundo documento en la *Colación XX*, sobre “El fin de la penitencia y de la señal de la satisfacción”. Dicha *Colación* termina con una observación que revela de nuevo, si falta hacía, el grado de amistad que ligaba a Pinufio a sus dos amigos de Belén:

Él (Pinufio) insistió mucho y con solícito afecto en que nos quedáramos a residir en su cenobio; pero la fama de la soledad de Escete nos invitaba y así, como no pudo retenernos, nos despidió.

Pinufio, pues, y su amistad fueron los que estimularon a los dos jóvenes a buscar mayor escuela de perfección en Egipto. El hecho de que superiores y hermanos de Belén no los dejaran partir sin solemnes promesas de retorno, indica que Germán y Casiano habían vivido virtuosamente en la primera comunidad que los había recibido y se habían ganado el afecto de los hermanos. En la *Colación XVII* Casiano arroja luces sobre las circunstancias de aquella partida de Belén: Hubo en ella un “pacto prometido”, un “juramento” dado a los ancianos (“senioribus nostris”) de un pronto retorno (“velocissimum reditum”). Casiano lamentaría más tarde en Egipto que su “poca resolución” y su “natural timidez” no le habían permitido en ese momento resistir a las súplicas de los que querían retenerlos (“retinentium precibus”), sino dando una promesa de veloz retorno (“maturissimum reditum”). Sí, aquel compromiso les había sido arrancado, a Germán y a él, nada más que por el afecto de sus superiores: *Seniorum nostrorum dilectio sibi spondere nos compulit*. Más notable aún: la promesa había sido hecha *en presencia de todos los hermanos, en la gruta santificada por el nacimiento luminoso de Nuestro Señor del seno de la Virgen, tomando por testigo al mismo Señor* (“ipso teste”).

Salta a la vista que la comunidad de Belén no quería perder tan valiosas vocaciones. Con todo, Casiano, joven como era y “lactante”, no devolvió aquellos afectos en igual medida. Siempre dirá que en Belén sólo recibió “los primeros rudimentos de la fe” y que su cenobio le enseñó “los primeros pasos” ¹⁸.

Si admitimos con D. Pichery que la llegada de Casiano a Belén ocurrió en torno al año 382, que su estada en el monasterio no duró más de dos años y que Casiano no alcanzó a conocer a San Jerónimo, el cual se establecería en Belén el año 385, debemos concluir que el primer viaje a Egipto *con el deseo de ganar la gracia de una mayor perfección* ¹⁹ debió comenzar en 384. Como no pudo o no quiso cumplir aquella promesa de *veloz retorno*, sino sólo siete años más tarde ²⁰, podemos situar aquellos siete primeros años de residencia en Egipto entre 384 y 391.

Mientras Casiano y su amigo recorrían el “remotísimo éremo” la historia del mundo no se detenía. En el 385 Gregorio de Nisa compondría su *Gran Catequesis*; en el 386 moría Cirilo de Jerusalén y se convertía Agustín en Milán; en Roma se levantaba la basílica de San Pablo fuera de los Muros y San Juan Crisóstomo escribía en Antioquía su *Tratado sobre el sacerdocio*; en la Vigilia pascual del 24 al 25 de abril del 387, Agustín recibía el bautismo de manos de San Ambrosio, el mismo año moría su madre Santa Mónica en Ostia y entre los años 388 y 391 San Agustín haría su primer ensayo de vida monástica en su ciudad natal de Tagaste.

6. En la “Via purgativa” del yermo: siete años en Egipto (384-391)

Los inseparables hermanos en la vida monástica, Germán y Casiano, eligieron la ruta marítima -más segura- para llegar a Thenessus, en una de las desembocaduras orientales del Nilo, cerca de la actual ciudad de Damiette. Arquebio, obispo de Panéfsis, los invitó a visitar a los solitarios de las islas del delta ²¹. Casiano nombra a tres de ellos: Queremón, Nésteros y José. Al primero de ellos atribuye las *Colaciones* XI sobre la perfección, la XII sobre la castidad y la controvertida *Colación* XIII sobre la protección de Dios, que trata de la relación entre la libertad humana y la gracia divina. En la colección de los *Apotegmas*, el nº 932 es puesto en boca de Queremón y en él se afirma que era de Escete y realza su ascesis de la “incomodidad voluntaria”, ya que su ermita distaba cuarenta millas de la iglesia y diez millas del agua. Es posible que Queremón haya vivido en su juventud en Escete.

El segundo solitario es Nésteros y a él Casiano atribuye las *Colaciones* XIV de la ciencia espiritual y la XV de los carismas divino. Nésteros los acompañó el camino de seis millas hasta la ermita del abad José, a quien Casiano hace pronunciar la *Colación* XVI sobre la amistad y la XVII sobre las determinaciones absolutas. En los *Apotegmas* aparece más de un abba Nésteros: uno llamado Nésteros el Grande, que era amigo de abba Antonio ²²; otro que vivió en Raïthu, es decir, en la península sinaítica (560) y un tercero, llamado Nésteros el cenobita. Ninguno de éstos parece haber sido el Nésteros de Casiano. Más se le aproxima cierto Nésteros que según el *Apotegma* 558 dio a abba José una lección de silencio.

En cuanto a abba José, Casiano nos dice al comienzo de la *Colación* XVI, que era ciudadano ilustre de Thmuis natal, hijo de una familia distinguida y que hablaba “elegantissime” el griego. Los *Apotegmas* 384 al 394 se refieren a abba José de Panéfsis o Panefo, que es precisamente el lugar en que lo ubica Casiano.

De Panéfsis Germán y Casiano pasaron a otra localidad del delta, llamada Diolcos y situada más al Occidente, sobre una de las siete bocas del Nilo. Vieron muchos cenobitas, pero desearon conocer a los anacoretas. En este contexto puede ser situada la *Colación* XXIV del abad Abraham sobre la mortificación, que manifiesta las dificultades y nostalgias de la amena patria que Casiano debe haber experimentado en su experiencia de anacoresis. También la *Colación* XVIII sobre las tres especies de monjes, atribuida al abad Piamún, pertenece al ambiente anacorético.

En cambio, la *Colación* XIX sobre el fin del cenobita y del eremita, que corre bajo el nombre de abba Juan, tiene lugar en un monasterio de cenobitas cuyo abad era un tal Pablo y probablemente hay que situarla en Diolcos. La *Colación* XX sobre el fin de la penitencia, puesta en boca del ya mencionado abba Pinufio, con toda seguridad tuvo lugar en el cenobio de este, cerca de Panéfsis, a donde Casiano había retornado.

El final de esta *Colación* se produce la partida hacia Escete, hito luminoso en la vida de Casiano y culminación de este primer viaje a Egipto. Con emoción dirá:

El desierto de Escete fue la residencia más notable entre los Padres del estado monástico y la morada de toda perfección ²³, y: Escete, desierto glorioso, digno de ser celebrado en todas partes ²⁴.

De esta primera estancia en Escete datan las *Colaciones* mejores, de la I a la VI, que son verdaderos tratados de la vida monástica, atribuidas por él a los abades Moisés, Pafnucio, Daniel, Serapión y Teodoro. Desde Escete, Casiano y su acompañante también visitaron los desiertos de las Celdas y de Nitria, donde pueden haberse encontrado con Evagrio Póntico y en todo caso con Paladio.

7. Resolviendo las “determinaciones absolutas”: interludio en Belén (391-392)

Al comienzo de la *Colación XVII*, Casiano describe los escrúpulos y las angustias que sintió no sólo él, sino también su acompañante Germán, por el juramento que habían hecho de retornar a Belén, sin haberlo cumplido en tantos años. Decididos a revisar con la sabiduría de abba José sus dolorosas solicitudes, este somete a fuertes críticas las “determinaciones absolutas”, es decir, las promesas y juramentos que sus jóvenes discípulos se habían dejado arrancar en la gruta de Belén. Quizás los meandros de sus razonamientos no convencieron del todo a Germán y a Casiano, pues aunque declaran que recibieron la solución del abad José “como un divino oráculo” y que decidieron permanecer en Egipto, a renglón seguido hablan de su retorno a Belén:

Enterado el número de siete años decidimos cumplir agradecidos nuestra promesa. Hicimos un rápido viaje a nuestro cenobio cuando teníamos ya la firme confianza de obtener el permiso de volver al desierto (de Escete). Esta visita nos permitió en primer lugar rendir a nuestros superiores el honor que les debíamos: después también pudimos hacer reflorar la antigua caridad en aquellos cuyo afecto por nosotros nunca había podido ser satisfecho con las numerosas cartas de excusa que les habíamos escrito; finalmente, ya del todo libres del escrúpulo que nos había dejado nuestra promesa, y acompañándonos ellos alegremente un trecho, retornamos el camino a las soledades del desierto de Escete ²⁵.

Todo esto sucedía a muy poca distancia del monasterio en que San Jerónimo comenzaba por entonces sus traducciones bíblicas del hebreo. Ello no había agradado ni a San Agustín, ni a Rufino, ni a Paladio, que creían poco conveniente el abandono de la *Vetus latina*, basada en el texto de la *Septuaginta*, es decir, de la traducción griega. Casiano no alude a él, sólo más tarde dirá, con el respeto y la deferencia habituales en él: *Jerónimo es un río desbordante de elocuencia* ²⁶ y en su libro *Contra Nestorium* (7, 26): *Es el maestro de los católicos (catholicorum magister), cuyos escritos resplandecen en toda la tierra como lámparas divinas* ²⁷. Si se considera que Casiano, origenista juicioso, no podía ignorar las desaforadas campañas de Jerónimo contra Orígenes y sus concomitancias con Teófilo de Alejandría, perseguidor de los monjes de Egipto y verdugo de San Juan Crisóstomo, tan estimado por Casiano, tales juicios revelan una casi sobrehumana moderación y benignidad.

En cuanto a Rufino, muy activo entonces, tanto en Jerusalén como en Belén, Casiano diría: *es el filósofo cristiano (christianae philosophiae vir), una figura que no puede ser olvidada al tratar de los doctores eclesiásticos* ²⁸.

Mientras en Belén Casiano aliviaba su conciencia consiguiendo de sus ancianos la liberación del compromiso de quedarse para siempre en el cenobio de sus comienzos monásticos, en África San Agustín, que había pensado pasar el resto de su vida como monje en su retiro tagastino, tenía que aceptar la responsabilidad de la ordenación sacerdotal, convirtiéndose en Agustín de Hipona (a. 391).

Por entonces también en el cielo de la política comenzaba a brillar un nuevo aunque no tan benigno astro: Alarico, joven líder de los visigodos. Nacido en el año 370 en las regiones danubianas, no tan lejos de la patria de Casiano, a los diecisiete años ya era el jefe indiscutido de su pueblo y a los diecinueve años ya había obtenido quince victorias en otros tantos encuentros bélicos. Cuando, al frente de sus huestes, daba el grito de ataque y salía, en frenético galope, la rubia cabellera al aire, la victoria era segura para los germanos. Por el momento había encontrado en el emperador Teodosio a uno más fuerte, que sabía contenerlo; otra cosa sería a la muerte de este, en el 395.

Pero antes conviene tratar otro acontecimiento de la vida del gran monarca, ocurrido precisamente cuando Casiano hacía su interludio betleemita. Por razones que no se dilucidan bien, en el verano del año 390 Teodosio había ordenado una gran matanza de gente en Tesalónica y San Ambrosio desde Milán lo había conminado a someterse a la penitencia pública antes de acercarse a la Iglesia y de atreverse a recibir los sacramentos. El temple y la fe auténtica del monarca se mostró en que no hubo en él duda para someterse a esta humillación y reconciliarse con la Iglesia en la persona de San Ambrosio, en la Navidad del 390.

Ambrosio diría en aquella ocasión: que *el emperador estaba en la Iglesia, no encima de ella*. Muy diferente sería lo que ocurriría catorce años más tarde entre Arcadio, hijo de Teodosio y San Juan Crisóstomo, obispo de la capital del imperio de Oriente. En este luctuoso suceso, Casiano

sería testigo inmediato. De alguna manera la victoria de San Ambrosio sobre el emperador en Occidente y la derrota de San Juan Crisóstomo ante el emperador de Oriente, señalarían los caminos históricos diferentes que seguirían la Iglesia latina y la griega en sus relaciones con el poder secular.

8. En la “Vía iluminativa”: segunda estadía en Egipto (392-399)

En buena hora Casiano y su acompañante darían la espalda a Belén para retornar a las soledades egipcíacas, donde pasarían otros años de intensa asimilación de la doctrina monástica, pues en los lugares santos, hombres que al parecer no lo eran tanto, desencadenarían la primera fase de ese huracán que se ha dado en llamar controversia anti-origenista.

Hasta entonces había estado en el cenit el sol de la autoridad y de la universal admiración tributadas al gran Padre de la Iglesia Orígenes, muerto ya siglo y medio antes. Atanasio se deslumbraba con él; Basilio y Gregorio de Nacianzo habían forjado con su famosa *Filocalía* un florilegio de sus obras (358 d.C.); Gregorio de Nisa seguía en todo el método exegético del gran alejandrino; Eusebio de Cesarea lo citaba; Dídimo el Ciego divulgaba su pensamiento en la escuela catequética de Alejandría. También en Occidente Ambrosio e Hilario de Poitiers se convertían en sus émulos; Victorino de Pettau lo conocía. No hay para qué decir que nuestros protagonistas Casiano y Germán, al igual que Paladio, se embebían de origenismo en la sublime cátedra de Evagrio Póntico en pleno yermo. A su vez Paladio era canal transmisor entre Evagrio y sus amigos Rufino y Melania, que habían trasplantado al Monte de los Olivos el origenismo que habían recibido de Dídimo en Alejandría. Más aún, e “incredibile dictu”, en vista de sus indignaciones futuras: el mismo Jerónimo había conocido años de serena reverencia ante Orígenes, después que lo aprendiera a saborear por recomendación de los dos Gregorios, durante su visita a Constantinopla entre 379 y 381. En esa misma oportunidad es posible también que hubiera conocido personalmente a Evagrio Póntico, si no lo conoció más tarde en Egipto, que Jerónimo visitaría en el año 385.

Por supuesto, tal admiración por Orígenes no era incondicional. Siempre se señalaban como puntos discutibles de su doctrina sus ideas muy particulares sobre la resurrección de la carne, sobre la salvación final de los ángeles caídos, sobre la pre-existencia de las almas y se fruncían los ceños a propósito de sus excesos de interpretación alegórica de la Escritura. Pero, practicando los debidos discernimientos, todo el mundo eclesiástico pensaba que el gran alejandrino era un punto de referencia obligado.

Esto cambió, casi de un día para otro, cuando en el año 392 se hizo presente en Tierra Santa Epifanio, obispo de Salamina en Chipre (315-403). Antes de haber sido elegido para ese cargo en 367, había sido monje y abad en la región de Gaza. Su celo por la ortodoxia le había valido el apodo de “martillo de herejes”, con lo que se señalaba a la vez su poca moderación. De entrada se peleó con el obispo Juan de Jerusalén y al año siguiente, sin consultar a éste, ordenó sacerdote a Pauliniano, el hermano de San Jerónimo. Esto contravenía torpemente no sólo los cánones eclesiásticos de entonces y de ahora, sino que también hería las más elementales normas de cortesía. A la protesta de Juan de Jerusalén, Epifanio respondió acusándolo de “origenista” y se encendió la hoguera. Rufino y Melania se pusieron del lado de su diocesano; Jerónimo y Pauliniano desenfundaron armas anti-origenistas al costado de Epifanio. El obispo Juan dictó excomunión contra los monasterios de Belén. Entre los latigazos verbales que iban y venían entre Belén y Jerusalén quedó herida la vieja amistad entre Jerónimo y Rufino y sufrió detrimento el respeto debido a Melania, a quien Jerónimo recordó que la etimología de su nombre (“mélanos”, negro, tinta negra) revelaba la “negrura de su alma”; además, a los ojos del Estagirita el monasterio femenino del Monte de los Olivos de repente apareció como laxo. Rufino, que nunca perdía tanto los estribos como Jerónimo, apeló a la instancia del obispo Teófilo de Alejandría. Mejor no lo hubiera hecho, porque la imprevista alianza entre éste y Epifanio iba a ser tan fatal en este conflicto como en el futuro con San Juan Crisóstomo. Así y todo, se logró un primer apaciguamiento en la Cuaresma de 397. El Jueves Santo de ese año Jerónimo y Rufino se dieron el abrazo de paz. De todos modos, Rufino optó por retornar entonces a Italia. Dos años más tarde Melania tomaría la misma decisión.

En el año 395 Agustín se convertía en obispo de Hipona y en diciembre del 397 moría San Ambrosio, a quien Jerónimo había tildado de “papagayo adornado con plumas ajenas”, por su apertura a las ideas de Orígenes.

Es posible y probable que Casiano y Germán hubieran tenido noticias del primero de los tumultos anti-Origenistas, a través de Paladio, que se mantenía en contacto con el Monte de los Olivos y con quien se toparon en las cercanías de Evagrio. Sólo de Paladio conocemos reacciones de disgusto a propósito de Jerónimo y sus excesos. Tanto Evagrio como Casiano guardaron noble silencio.

Este último gozaba de la paz del abad Sereno: *Toda la paz de su nombre se reflejaba en él*, observa Casiano al comenzar la *Colación* VII, atribuida a Sereno y con el título de *De la movilidad del alma y de los espíritus del mal*. También la octava *Colación*, *Sobre los principados*, que trata de los demonios, es una entrevista de Casiano a abba Sereno. Junto a estas dos, suelen catalogarse dentro de la segunda estadia en Escete las tres *Colaciones* XXI, XXII y XXIII, atribuidas por Casiano al abad Theonas. La XXI, con el título de *El reposo de Pentecostés*, trata principalmente del ayuno; la XXII titulada *Las ilusiones de la noche*, se refiere a los combates de la carne; la XXIII sobre *La impecabilidad* explora la condición pecadora del ser humano y la conciencia que conviene tener a propósito de ella.

En cuanto a las *Colaciones* IX y X, asignadas al abad Isaac y con el tema de la oración, Casiano mismo sitúa la primera de ellas en el tiempo anterior a la llegada de la carta pascual de Teófilo de Alejandría, mientras que en la segunda se refiere a las reacciones de los monjes después de la lectura oficial de dicha carta. Ahora bien, aquel escrito episcopal llevaba el dato de la Epifanía del año 399. Poco después de aquella fecha moría Evagrio Póntico y para Casiano y Germán había llegado el fin de su largo tirocinio espiritual de Egipto.

9. Nuevos alborotos por causa de Orígenes (399-404)

El mismo Casiano describe en el segundo capítulo de la *Colación* X el comienzo de la segunda tempestad anti-origenista, mucho más intensa que la primera. Ya no pudo pasarla por alto o sustraerse a ella, como logró hacerlo aquella vez, sino que ella lo arrancarí­a violentamente del lado de los Padres del desierto.

Es en Egipto una antigua tradición, refiere en su *Colación*, que pasado el día de Epifanía... el obispo de Alejandría envía una carta a todas las iglesias de Egipto, en las ciudades y en los monasterios, en la cual anuncia la fecha tanto del inicio de la Cuaresma como de la Pascua.

Esta vez, en el 399, el patriarca Teófilo había unido al tradicional anuncio una *larga disputa contra la absurda herejía de los antropomorfitas, aniquilándola con abundancia de razones*. Tal error, que según Casiano, profesaban en su simplicidad casi todos los monjes, consistía en imaginarse a Dios en forma muy humana, basándose en el versículo de *Génesis* 1, 26: *Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza*. La carta patriarcal, en consecuencia, produjo no solamente una gran amargura en el ambiente monástico, sino también una abierta revuelta en contra de Teófilo, quien fue declarado persona detestable e incurso en la más grave de las herejías.

Según nuestro autor, la ciencia y humildad del abad Pafnucio y la habilidad del diácono Fótino, proveniente de la Capadocia, lograron calmar la tempestad, lo que a Casiano le causó “infinita *laetitia*”. Repuestos de la “conmoción”, los amigos escitas e infatigables novicios reanudaron con el abad Isaac el interrumpido hilo de su diálogo sobre la oración.

Desgraciadamente la calma no fue sino aparente: una muchedumbre de indignados monjes decidieron realizar una marcha de protesta hacia Alejandría. El astuto y poco escrupuloso Teófilo apaciguó la tormenta con una aparente “conversión”. Él, como todos los cristianos cultos de la época, apreciaba altamente a Orígenes, sin compartir sus errores; pero ahora, matando dos pájaros de un tiro, para ganarse por un lado a los antropomorfitas, partidarios del sentido literal de la Escritura, y vengarse por el otro de ciertos monjes más cultos, inclinados al sentido místico de la Escritura, desencadenó una campaña sin misericordia contra los “origenistas”. Su saña se centraría ante todo en los llamados “hermanos largos”, con los cuales, al igual que Epifanio, había

tenido diferencias. No sólo lanzó a los indignados antropomorfitas contra ellos, sino que siguió atizando el fuego trasladándose personalmente a Palestina para mover las antiguas animosidades de aquella parte y publicando, tanto en 401 como en 402, encendidas cartas pascuales contra la herejía origenista.

También el Papa Anastasio I (399-402), sucesor del más moderado Siricio (384-399), prestó su apoyo a la campaña, cuyos tambores resonaban al mismo tiempo en Egipto, Palestina, Chipre, Roma y Milán. Casiano, Germán y Paladio, junto con los “hermanos largos” Dióscoro, Amonio, Eusebio y Eutimio y otros monjes que por su interpretación espiritual de la Escritura eran convictos de origenismo, tuvieron que atar bártulos y emigrar a Constantinopla en demanda de justicia. Por su parte también Melania dejó la ciudad santa en el 399, para retornar a Roma. Durante veinticinco años había brindado a todos su carisma maternal y hospitalario. Noble y gran dama como era, no quiso mezclarse en algo que a ratos parecía pelea de perros.

Tampoco pudo prolongarse el abrazo de paz que había sellado la reconciliación de Rufino y Jerónimo el Jueves Santo del 397. El primero desde Roma y después desde su Aquilea natal y el segundo desde Belén reanudaron la producción de literatura polémica: Rufino tradujo entre 397 y 398 el *Periarchon (De Principiis)* de Orígenes, suavizando los pasajes que pudieran suscitar controversias o atribuyéndolos a interpolaciones, cuando una operación cosmética no era factible. Jerónimo, irritado al máximo, lanzó en el 398 su contra- traducción, destinada a refutar la de Rufino y a dejar muy al desnudo los errores del alejandrino. Lo apoyaron decididamente en Roma Pamaquio, su ex-compañero de estudios y yerno de Paula, y Marcela, su influyente ex-dirigida sobre el monte Aventino. Ambos movieron al Papa Anastasio a tomar cartas en el conflicto doctrinal.

Rufino contestó con dos *Apologías*: una en el año 400, dirigida al Papa (*Apologia ad Anastasium, Romanae urbis episcopum*) y otra a Jerónimo (*Apologia ad Hieronymum*), en el año 401. Jerónimo retrucó con su *Apologia adversus libros Rufini*, en el año 402. Mientras tanto Rufino se había ido de Roma (397-400), donde había gozado nuevamente del apoyo de Melania, y había vuelto a su Aquilea natal, donde seguiría traduciendo y defendiendo a Orígenes, como atestigua su intercambio epistolar con Paulino de Nola entre los años 402 y 407. San Agustín, desde su mirador de Hipona, observaba con pena la pelea entre los dos antiguos amigos y la calificaba como *magnum et triste miraculum*.

Con todo, dos hechos ayudan a considerar como menos “triste” aquel “miraculum”. El primero es el que los dos amigos-enemigos, en medio de sus estridencias y fragores tuvieron tiempo de traducir al latín obras fundamentales de la espiritualidad monástica: Rufino se abocaba en 397 a la traducción de la primera versión de la *Regla de San Basilio*, que es la que más tarde conocería y recomendaría San Benito. En el año 404 sacaba a luz la versión latina de la *Historia monachorum de Aegypto*, obra que revela tanta simpatía por Evagrio (y Orígenes) como la posterior *Historia lausíaca* de Paladio. Jerónimo, por su parte, tradujo en 404, año de la muerte de Paula, las Reglas de San Pacomio.

El segundo hecho que puede mitigar la “tristeza” de estos enfrentamientos doctrinales es que, por más que a veces lo parecieran, no se trataba de meros brotes de animosidades personales, sino que eran en ambas partes fruto de un celo por la autenticidad de la fe cristiana. Los origenistas no aceptaban que el concepto de ortodoxia fuera manipulado como antítesis de la caridad y del honor merecido por el gran maestro de la Iglesia, y los anti-origenistas querían evitar que la simplicidad y pureza del evangelio fueran enturbiadas por el exceso de filosofía y de gnosis. Por fin, la pelea cesó cuando las hordas visigóticas, invadiendo Italia, envolvieron a todos en una común desgracia. En el año 407 Rufino, a causa de los bárbaros, tuvo que abandonar Aquilea. En Roma se unieron a su fuga su antigua protectora Melania la mayor, la nuera de ésta, Albina, su nieta Melania la joven y el marido Piniano. Todos se refugiaron en Sicilia, donde moriría Rufino en el 410. Los anti-origenistas Pamaquio y Marcela perecieron el mismo año en el saqueo y la toma de Roma por los visigodos.

10. Grecia en llamas, Italia en peligro (395-408)

Cuando murió el emperador Teodosio el Grande el 17 de enero del 395, a los cincuenta años de edad y dieciséis de gobierno imperial, había dejado dividida la herencia de Augusto en el imperio romano de Oriente, con capital Bizancio o Constantinopla y a cargo de su hijo Arcadio y el imperio de Occidente, centrado en la antigua Roma y confiado a su segundo hijo Honorio. Conciente de la juventud y volubilidad de sus próceres, Teodosio había dejado a un militar de su confianza, Flavio Estilicón, con la responsabilidad de la defensa del imperio y de la tutela del joven Flavio Augusto Honorio, que contaba sólo once años de edad a la muerte de su padre.

Fue la ocasión que aprovechó el visigodo Alarico para irrumpir en el imperio. En el año 395 devastó Grecia y en el 396 Atenas quedaba librada a su feroz pillaje. Llamado Estilicón desde Occidente, desembarcó en Corinto y tras exitosos combates logró que los visigodos se replugaran hacia el Epiro. La victoria de las armas romanas habría quedado asegurada una vez más, si no se hubiera evidenciado entonces aquel estilo de gobierno intrigante y envidioso de la pareja imperial de Arcadio y Eudoxia, que no mucho más tarde iba a dar sus malignos frutos en el caso de Juan Crisóstomo. En vez de apoyar a Estilicón, que lo había defendido, pero de quien sentía celos, Arcadio decidió recompensar al insolente Alarico con la dignidad de “magister militum” (gobernador militar) de la Iliria (la actual Yugoslavia). Allí en 398 sus huestes lo proclamaron rey de los visigodos. Como era de esperar, los germanos no se contentaron con la Iliria y a partir del año 401 comenzaron a hostilizar el Norte de Italia. En febrero del año siguiente Alarico arremetió contra Milán y Ravena, pero el omnipresente Estilicón lo derrotó en la batalla de Pollenza en 402 y en la de Verona, en 403. Hasta la mujer y los hijos de Alarico habían caído en poder de los romanos. Estos celebraron la victoria con grandes juegos circenses en los que por última vez los gladiadores se lucieron con sus sanguinarias hazañas. No mucho después Honorio, por escrúpulos de ética cristiana, prohibió los mortales espectáculos. Para alejar a Alarico de Italia el emperador le devolvió esposa e hijos, le ofreció a su vez la Iliria y un pacto de alianza contra su propio hermano Arcadio. De todos modos la situación en la península siguió endeble y la corte imperial prefirió mudarse de Milán a la entonces inaccesible Ravena.

Muchos romanos, previendo sucesos futuros, prefirieron emigrar hacia Sicilia o el Africa, entre ellos también el monje Pelagio y el abogado Celestio, propagador de las ideas del hereje británico. Melania y su familia, después de dar sepultura a Rufino en Sicilia, pasó a Africa del Norte, donde vivió un tiempo en la Tagaste de San Agustín. Después el grupo familiar siguió viaje a Jerusalén, volviendo a establecerse en el Monte de los Olivos. Melania la mayor murió allí en el 409 o 410; su nieta Melania la joven pasó el resto de su vida en la ciudad santa y murió en ella en el año 439.

Entre los años 397 y 401 San Agustín había escrito sus *Confesiones* y comentado una buena parte de los salmos. Por aquellos años Cartago e Hipona gozaban de tranquilidad, al abrigo de las invasiones; pero treinta años más tarde los vándalos les depararían la misma suerte que a Grecia y a Italia los visigodos.

11. Iniquidades y admiraciones: Casiano en la Constantinopla de Juan Crisóstomo (400-404)

Cuando los refugiados de Egipto, los cuatro “hermanos largos”, Paladio, Casiano y Germán y otros monjes llegaron a la capital del imperio de Oriente, hacía no tanto tiempo, exactamente el 26 de febrero de 398, que Juan Crisóstomo (344-407) había recibido la consagración episcopal, nada menos que de parte de Teófilo de Alejandría. Este había podido palpar cómo la sede constantinopolitana, a causa de la vecindad de la corte imperial, cobraba cada vez más importancia, mientras que la antigua luz de la suya de Alejandría se iba opacando. La irritación secreta que esta evolución le causaba, unida a una creciente envidia personal contra el elocuente y popular Juan Crisóstomo, proporcionaron los ingredientes del siniestro dinamismo que cuatro años más tarde desplegaría el alejandrino en Constantinopla. Al rencor no cicatrizado vino a agregarse el enojo nuevo de que Juan ofreciera una hospitalidad llena de misericordia a los monjes perseguidos por él desde Egipto. En realidad, el obispo de Constantinopla no tenía ningún deseo de intervenir en la controversia anti-origenista; no era su intención abanderizarse con nadie sino con el Evangelio. Pero por ello mismo se sintió atraído por el alto nivel espiritual de sus huéspedes y vio ocasión de reclutar algunos elementos valiosos para su clero. ¿Influyó él para que Paladio se

convirtiera en el año 400 en obispo de Helenópolis de Bitinia, asistiera como tal al sínodo de Constantinopla en mayo del mismo año y lo acompañara en su viaje a Éfeso? Lo seguro es que Paladio se convirtió en fiel seguidor del gran pastor de almas y fue testigo ocular del drama que se iba a desarrollar en torno a su persona. El mismo papel les tocó a Casiano y a Germán. Casiano, como siempre, no retuvo sino lo bueno y edificante de aquellos cuatro años constantinopolitanos. Germán fue ordenado sacerdote, mientras que Casiano fue elevado al diaconado de manos del patriarca. La personalidad de éste dejó honda huella en él ²⁹. Confesará que recibió de Juan Crisóstomo “*todo lo que sabe*” y lo considerará un verdadero mártir ³⁰ y probablemente el mismo nombre de Juan que agregaría desde entonces al suyo de Casiano, sería un homenaje de su admiración llena de afecto. Paladio anotaría en su *Diálogo sobre la vida del obispo Juan* que Germán formó parte de la delegación de la Iglesia de Constantinopla en el sínodo de la Encina (403 d.C.). Paladio, por su parte, presente en el mismo, tuvo que sufrir la acusación de origenista.

La caritativa hospitalidad de Juan Crisóstomo tenía un nombre: Olimpia. La noble dama, conocida por Gregorio de Nacianzo y por Gregorio de Nisa, quien le había dedicado su comentario al Cantar de los Cantares, después de la muerte de su esposo Nebridio, prefecto de Constantinopla, se había dedicado de lleno a las obras de caridad de la Iglesia. Según Paladio, el antecesor de Juan Crisóstomo, Nectario (381-397), apreciaba muchísimo los puntos de vista de Olimpia y la había ordenado diaconisa. Cuando en febrero del 398 Juan Crisóstomo sucedió a Nectario ambos descubrieron de inmediato su afinidad espiritual. Más tarde, desde su destierro, él le escribiría diecisiete cartas. Olimpia descargaba al obispo de todos los cuidados materiales y al mismo tiempo alojaba y atendía a todos sus huéspedes con maternal solicitud. Según Paladio, ella se hacía cargo de *todos los eclesiásticos que estaban de paso en Constantinopla y de un número incalculable de ascetas y vírgenes* ³¹. Es, pues, verosímil que también Casiano y Germán fueran a parar a la hospitalaria casa de Olimpia o, si llegaron a alojarse con los demás monjes en los claustros de Anástasis, llegaron a disfrutar de sus humildes atenciones.

Paladio describe en su *Diálogo* el celo pastoral de Juan Crisóstomo y la inquina de los eclesiásticos a quienes este celo molestaba. Estaban los que no le perdonaban que no escribiera o predicara contra los que se habían acostumbrado a convivir con “hermanas espirituales”; estaban los codiciosos y aduladores. Según nuestro testigo *Teófilo era uno de los que abrazaban las rodillas de Olimpia por la esperanza del dinero* ³². Juan Crisóstomo hacía que los bienes de la Iglesia se destinaran a los pobres, pero con ello se malquistaba a los obispos Acacio de Berea, Severiano de Gábalá y Antíoco de Ptolemaida, todos sirios como él.

La nube de envidias, enconos y enemistades se hizo cada día más espesa sobre la cabeza del Obispo. Paladio no menciona el funesto papel de la emperatriz Eudoxia; en cambio, destaca como especialmente coquetas y malévolas a las tres damas de palacio Marsa, Engrafía y Castricia. Todo lo que el obispo Juan predicaba en la basílica lo interpretaban como dirigido ex-profeso contra ellas.

Por otra parte, como se dijo, Teófilo de Alejandría estaba disgustado por lo del asilo a los monjes egipcios y por las atenciones de Olimpia para con ellos. Los exiliados habían expuesto a Juan sus quejas y le habían pedido que intercediera por ellos ante el patriarca de Alejandría. Este había reaccionado en forma previsible, extendiendo al mismo Juan la acusación de origenismo. Según Paladio, el alejandrino *tenía por costumbre no ordenar obispos a hombres honestos y sabios, salvo error de parte suya, porque quería ejercer sobre todos el poder que le concedía la necedad de ellos, porque él pensaba que le convenía más dominar a necios que tener que obedecer a sabios* ³³. La imagen de ansia de poder y amor al dinero que Paladio proyecta de Teófilo coincide con la de otros testigos contemporáneos. Juan Crisóstomo, que no tenía ningún deseo de enfrentarse con el “faraón”, se abstuvo de insistir. No así los perseguidos monjes, que elevaron una petición de intervención a la emperatriz Eudoxia. Como resultado Teófilo fue convocado a la capital para responder a los cargos que se le hacían. Había, pues, un amago de justicia, ante todo porque la pareja imperial encargó al obispo Juan de la investigación. El “faraón” haría su aparición en Constantinopla a mediados del año 403, no si haberse hecho esperar un buen tiempo. Observa Paladio que Teófilo vino “*como un escarabajo enlodado, que exhalaba en torno suyo el dulce olor de los más deliciosos perfumes de Egipto y de la India, junto con el veneno del odio*” ³⁴.

Teófilo desembarcó en Calcedonia, cuyo obispo Cyrius le era favorable. De allí cruzó el

Bósforo para desplegar en la corte imperial su talento para la intriga. Con disimulado método se dirigió a todos los personajes que por amor propio herido u otra causa sentían rencor contra Juan Crisóstomo. Ofreció banquetes a los más glotones y prometió honores a los vanidosos. En el lapso de pocas semanas de acusado se había convertido en acusador, arrimando a la misma Eudoxia a su causa. Sólo faltaba la ocasión para descargar el golpe contra el incauto Juan Crisóstomo.

Esta se presentó cuando dos diáconos, a quienes el obispo había censurado por ciertas faltas, elevaron a su vez queja contra él. Teófilo de inmediato se dio a organizar un sínodo, que por el lugar cerca de Calcedonia en que se celebró, se llamaría "de la Encina". Paladio, Germán y muy probablemente Casiano estuvieron presentes en él. Se profirieron acusaciones contra el obispo Juan, todas incoherentes y malévolas. Juan Crisóstomo fue citado cuatro veces a comparecer ante el sínodo, cosa que se negó a hacer. Finalmente se sentenció su deposición por contumacia. Arcadio, bajo el influjo de Eudoxia, firmó el decreto de exilio. Pero de inmediato se armó una rebelión popular en defensa del acusado. Después de tres días este fue sacado de su residencia por una puerta trasera, para no agravar los disturbios, y llevado a su destierro, cerca de Nicomedia. Las protestas de los fieles, un temblor de tierra y el miedo supersticioso de Eudoxia influyeron en el ánimo de Arcadio para revocar el edicto y reinstalar a Juan en su sede episcopal. Eudoxia protestó su inocencia en el asunto, diciéndole al Santo que lo respetaba *como sacerdote y como mistagogo de sus hijos*.

Juan volvió en triunfo a Constantinopla. Pero sólo después de dos meses de calma el conflicto volvió a estallar, esta vez por una prédica del obispo en la que se atrevió a criticar la erección de una estatua en honor de la emperatriz. De nuevo se convocó a sínodo y quedó de manifiesto la enemistad de Leoncio, obispo de Ancyra y de Amonio, obispo de Laodicea.

Así llegó la Vigilia pascual del año 404. El emperador se negó a recibir la comunión de manos del patriarca y sus tropas irrumpieron en la liturgia, apresaron a los sacerdotes y dispersaron a cientos de catecúmenos que estaba por ser bautizados. Juan Crisóstomo se retiró a su residencia y en una carta al Papa describió los luctuosos sucesos ³⁵.

Siguió un tiempo pascual muy tenso. El pueblo apoyaba a su obispo, negándose a asistir a los oficios celebrados por sus adversarios. Cinco días después de Pentecostés los obispos Acacio de Berea y Severiano de Gábala arrancaron al emperador la orden de exilio, cuyo texto revela el alma ponciopilática de Arcadio. Decía:

Los partidarios de Acacio, de Antíoco, de Severiano, de Quirino han hecho recaer sobre sus cabezas tu condena. Tú encomienda tus cosas a Dios y deja la Iglesia ³⁶.

Una tropa de soldados estaba preparada para llevárselo. Juan pasó de la residencia episcopal a la basílica. Se despidió en la sacristía de los obispos amigos (entre ellos, Paladio), sacerdotes (entre ellos, Germán) y diáconos (entre ellos, Casiano). Después se reunió en el bautisterio con Olimpia y las vírgenes consagradas y les dijo las siguientes palabras:

Venid, hijas, escuchadme. En lo que me toca a mí, las cosas se encamina hacia su fin, como veo. He terminado mi carrera y no veréis más mi rostro. Que ninguna entre vosotras modifique en nada sus buenas disposiciones habituales con la Iglesia. A aquel que sea elegido con el consentimiento de todos y sin haber hecho empeño por obtener el cargo, acogedlo e inclinad ante él la cabeza como lo habéis hecho ante Juan, pues la Iglesia no puede quedarse sin cabeza. Y si queréis dar testimonio de vuestra piedad, acordaos de mí en vuestras plegarias ³⁷.

Todo el mundo lloraba, el obispo se retiró en secreto, pero el pueblo se enteró y hubo de nuevo muchos disturbios reveladores de la popularidad del pastor. Este abandonó Constantinopla en junio del año 404, para comenzar su largo viaje de setenta días hacia la aldea de Cúcusa en Armenia, señalada como su lugar de exilio. Después la saña de los círculos cortesanos lo desterró aún más lejos, a Pitio en las costas del Mar Negro. Agotado por las privaciones del viaje y los malos tratos de los soldados, murió en el trayecto de su último destino en la aldea de Comana, el 14 de septiembre del año 407.

El mismo día de la partida de Juan Crisóstomo de la capital, un incendio había devastado la basílica de la Santa Sofía (anterior a la que en el siglo siguiente edificaría Justiniano) y también el vecino edificio del Senado había sufrido daños. La diaconisa Olimpia fue citada ante el tribunal y acusada de complicidad en el incendio. Ella respondió con dignidad que no era su costumbre quemar iglesias, desde el momento que había gastado gran parte de su fortuna en construir las. Hubo toda clase de hostilidades contra los "joanitas", es decir, los partidarios del depuesto obispo.

Olimpia se retiró a Cyzico, desde donde mantuvo extensa correspondencia con Juan Crisóstomo. Paladio escribiría de ella en el capítulo 56 de su *Historia lausíaca: Los habitantes de Constantinopla la consideran confesora de la fe, pues murió y volvió al Señor en medio de los combates que sostuvo por Dios*. La Iglesia griega celebra su fiesta el 25 de julio; el martirologio romano la menciona el 17 de diciembre.

De los demás actores de aquel teatro de iniquidad, la emperatriz Eudoxia moriría de sobrepeso en diciembre del mismo año de 404; Arsacio, el sucesor de Juan Crisóstomo, consagrado una semana después de la partida de éste y hermano del anterior patriarca Nectario, murió aún antes del desterrado, en noviembre de 405. Lo sucedería Atico, que ocuparía la sede de Constantinopla hasta el 425. El emperador Arcadio moriría el 1 de marzo de 408 a los treinta y un años de edad. Teófilo de Alejandría murió en el año 412, siendo sucedido por su sobrino Cirilo de Alejandría.

Por decreto de Arcadio del 19 de agosto de 404 contra los partidarios de Juan Crisóstomo, fueron expulsados de la capital el obispo Paladio, el sacerdote Germán y el diácono Juan Casiano. Ellos habían sido testigos directos de todo lo sucedido en torno a Juan Crisóstomo y al mismo tiempo se habían ganado la confianza del clero fiel hasta el punto que quedaron encargados por él para hacer relación de lo acontecido ante el Papa y entregarle la carta de apelación de Juan Crisóstomo. El Papa, que era Inocencio I (402-417), se puso de parte del inocente y excomulgó a Teófilo y a Arsacio. Como la corte imperial persistiera en su condena se produjo una ruptura con Constantinopla.

Paladio volvió después a Constantinopla, probablemente con el mensaje del Papa, pero por toda respuesta Arcadio lo desterró en 406 a Siene, pueblito del Egipto superior, situado a orillas del Nilo Azul. Hacia el 408 compuso en ese lugar o en Antinoë, adonde se mudó después, su *Dialogus de vita sancti Joannis*, inspirándose en el *Fedón* de Platón. En forma de un supuesto coloquio un diácono romano, llamado Teodoro, interroga a cierto obispo de Oriente (que es el mismo Paladio), sobre lo sucedido en Constantinopla, proporcionando así testimonios de primer orden. Es una defensa ardiente y convencida de Juan Crisóstomo contra el libelo difamatorio de Teófilo de Alejandría, que ya no existe, pero que se puede reconstruir en base al diálogo paladiano.

El obispo de Helenópolis pudo volver a Constantinopla en los años 412 o 413, cuando el ambiente se hubo calmado y el patriarca Atico hubo repuesto el nombre de Juan Crisóstomo en los dípticos y en una fecha no determinada se convirtió en obispo de Aspuna en su Galacia natal. Sus relaciones con la corte se tornaron buenas y así pudo dedicar la obra cumbre de su vida, la *Historia lausíaca*, escrita entre 419 y 420, a Lauso gran camarlengo de Teodosio II, el hijo y sucesor de Arcadio. Debe haber muerto antes del año 431, ya que en el concilio de Éfeso figura un tal Eusebio como obispo de Aspuna. La citada *Historia*, unos veinte o veinticinco años posterior a la *Historia monachorum*, contiene, como esta, relatos de diferente largo sobre ascetas o grupos de ascetas, principalmente de Egipto, que el autor pudo conocer personalmente o cuyas vidas y dichos le fueron referidos por otras personas. Más anecdótica y menos doctrinal que las *Colaciones*, que su amigo Casiano escribiría cinco o seis años más tarde, la *Historia lausíaca* ocupa un lugar importante en el gran cuerpo de fuentes monásticas de fines del siglo IV y comienzos del V.

12. Silencioso en el ojo del huracán: Casiano en Roma (405-415)

En mayo del año 405, Paladio, Germán y Casiano habían llegado a Roma y habían presentado al Papa Inocencio I (402-417) la apelación de parte del clero constantinopolitano fiel a Juan Crisóstomo, en favor de este. Inocencio, claro defensor del primado de Roma en las treinta y seis cartas que de él han llegado hasta nosotros, se puso del lado de Juan Crisóstomo. Cuando su propuesta de un concilio ecuménico no obtuvo favorable acogida, rompió la comunión con los patriarcas de Constantinopla, Alejandría y Antioquía. En el año 413 la reanudó con Antioquía, pero las relaciones con las otras dos sedes permanecieron interrumpidas algún tiempo más. A diferencia de Paladio, que retornó a Oriente, Germán y Casiano permanecieron en Roma. En una carta del año 414 a Alejandro de Antioquía, Inocencio I mencionaba a un sacerdote Casiano. Seguramente fue ordenado en Roma, donde a su vez murió su amigo de toda la vida, Germán, el inolvidable

compañero espiritual. Al parecer, Casiano se quedó diez años en Roma. Allí trabaría amistad con el joven diácono romano León, que sería el futuro Papa San León Magno (440-461). A instancias de este escribiría en el 430 la tercera obra de su vida, después de las *Instituciones* y las *Colaciones*, titulada *De incarnatione Domini contra Nestorium*. Tanto Genadio ³⁸, como Próspero de Aquitania ³⁹ como, ante todo, el mismo Casiano ⁴⁰, atestiguan la ordenación sacerdotal de este. No sin humor diría: *Episcopi manus evadere non potui*, es decir, *No pude evadir las manos del obispo* y hablaría de cierto hermano que había aceptado el fardo del orden sacerdotal, *que es el mío*.

Con todo lo que acontecía por aquellos años en la península itálica, la residencia de Casiano en Roma no pudo haber sido tranquila. El emperador de Occidente Flavio Augusto Honorio, nacido en 384 y por lo tanto en aquel entonces un joven de poco más de veinte años, no emulaba a su hermano Arcadio más que en la intriga y la incapacidad política. El militar Estilicón, hijo de un jefe vándalo, pero educado a la romana, casado con Serena, sobrina de Teodosio el Grande, de quien Estilicón era hombre de confianza, no sólo había quedado encargado de la tutela del joven Honorio, sino que al casarlo sucesivamente con dos hijas suyas, María y después Temancia, se había convertido en suegro del emperador. Militar capacísimo desde los tiempos de Teodosio, había sabido mantener a raya primero a los germanos en la línea del Rhin y a alanos y godos en la del Danubio, después a los visigodos en Grecia y últimamente en la misma Italia (batallas de Pollenza y de Verona de 402 y 403). Por desgracia los vástagos de Teodosio no sólo no supieron agradecerle sus servicios, sino que al parecer ni siquiera se dieron cuenta de que Estilicón representaba el último baluarte del Imperio romano ante la marea creciente de las invasiones de bárbaros. En Oriente, Arcadio, después de que el militar hubiera logrado expulsar a Alarico de Grecia y salvar así también a Constantinopla, no supo otra cosa que confiscarle sus bienes y recompensar al archienemigo del Imperio con la cesión de la Iliria oriental.

En Occidente, Honorio, pocos años más tarde, actuó aún más pérfidamente: dando oídos a cortesanos malintencionados y envidiosos, que le sugerían que Estilicón trabajaba en secreto para desplazarlo del trono, el emperador dio orden de matar a su suegro. Así, en agosto del año 408, al salir de misa en una iglesia de Ravena fue acuchillado el que durante veintitrés años había sido el invicto general en jefe de las falanges romanas. Alarico tenía ahora las manos libres. Ya en diciembre de aquel año 408 se encontraba a las puertas de Roma. La "gloriosa urbs" se humilló y pagando un gran rescate logró que Alarico y sus guerreros se retiraran a la Toscana. Allí se les unieron multitudes de esclavos escapados de sus amos romanos y muy informados sobre los lugares de más rico botín. Cada vez más seguro de su posición, Alarico exigió a Honorio, parapetado en Ravena, condiciones tan exorbitantes para dejar Italia, que el emperador no pudo más que rechazarlas. De este modo en el 409 el rubio conquistador estaba nuevamente ante los muros de la ciudad eterna. Ocupó el puerto de Ostia e impuso un emperador arriano, Prisco Atalo; pero pronto se malquistó con él y en el verano de 410 lo depuso. Por fin, en la noche del 14 de agosto de 410 los esclavos de una dama arriana, llamada Proba, le abrieron una puerta a los visigodos y sucedió lo inaudito, lo increíble, lo inadmisible tanto para los paganos como para los cristianos: la gran Roma, la señora del mundo, la Babilonia asentada sobre colinas, cayó en manos de los bárbaros, que en interminables días de saqueo la desnudaron de las riquezas del mundo que ella había acumulado. En el aire y sin fundamento habían quedado los sonoros versos de Virgilio:

Tú, oh Romano, recuerda que te toca regir a los pueblos con tu imperio; esas serán para ti las artes: imponer tu estilo a la paz; perdonar a los que se te sometan y rendir por las armas a los soberbios ⁴¹.

Alarico, si bien permitió un saqueo general de tres días, tuvo la nobleza de ordenar que se respetasen las iglesias y no se molestasen a los que se asilaran en ellas. Muchedumbres despavoridas se precipitaron a las basílicas de San Pedro y de San Pablo y a las demás iglesias, mientras por doquier ardían los edificios y resonaban los alaridos de los saqueadores, tanto godos como esclavos prófugos, y los gemidos de sus víctimas. Entre los numerosos prisioneros y rehenes estaba también Gala Placidia, hija de Teodosio y hermana de los emperadores. Aquí murió el noble Pamaquio, y Marcela, después de haber sido torturada por la soldadesca, expiró junto a la tumba de San Pablo.

Casiano, si es que estaba en Roma, como es probable, compartió la suerte de los refugiados en las basílicas.

San Agustín, que bajo la conmoción que le causó la caída de Roma, escribiría su *De civitate Dei*, refleja las noticias que en esa época llegaban al África. Así por ejemplo:

En la devastación de Roma las capillas de los mártires y las basílicas de los apóstoles acogieron dentro de sí a los que precipitadamente y temerosos de perder sus vidas ponían en la fuga sus esperanzas, tanto paganos como cristianos. Hasta estos lugares sagrados venía ejecutando su furor el enemigo; pero allí mismo también se amortiguaba su encarnizamiento, pues a estos sagrados lugares conducían los enemigos piadosos a los que -hallados fuera de los santos asilos- les habían perdonado la vida; y hacían esto para que no cayesen en manos de los que no usaban ejercitar semejante piedad; por lo que es muy digno de notar que una nación tan feroz, que en todas partes se manifestaba cruel y sanguinaria, haciendo crueles estragos, luego que se aproximó a los templos y capillas cuya profanación le estaba prohibida, así como le estaba permitido por derecho de la guerra ejercer violencias en otras partes, refrenaba del todo el ímpetu furioso de su espada, desprendiéndose igualmente del afecto de codicia que la poseía de hacer una gran presa en ciudad tan rica y abastecida ⁴².

El obispo de Hipona se indigna de que muchos paganos que de este modo habían salvado sus vidas, “murmuraban sin embargo de los tiempos cristianos, imputando a Cristo los trabajos y penalidades que Roma padeció”. Deberían, más bien, observa él, agradecer a la misericordia de Dios el que los bárbaros les hubieran hecho merced de sus vidas, “contra el estilo observado en la guerra, sin otro respeto que por indicar su sumisión y reverencia a Jesucristo, concediéndoles este singular favor en cualquier lugar que los hallaban y especialmente a los que se acogían al sagrado de los templos dedicados al augusto nombre de nuestro Dios, los que eran sumamente espaciosos y capaces de una multitud numerosa” ⁴³.

Es notable la insistencia de San Agustín en destacar -a pesar de que él era romano- los méritos de los visigodos. El respeto de los guerreros vencedores a los lugares sagrados, subraya él en el capítulo II, nunca se dio en las guerras de los paganos y en los templos de sus dioses. En el capítulo IV traza un paralelo entre la falta de consideración que los vencedores tuvieron con los santuarios paganos de la antigua Troya, con las finezas, que a pesar de todo, tuvieron los visigodos, “nación tan bárbara e indisciplinada”, en la Roma del 410: éstos, según San Agustín, *devolvieron con reverencia y decoro las alhajas que hurtadas en diversos lugares, averiguaban pertenecer a los templos y oratorios*. Según Orosio, discípulo de San Agustín, Alarico mandó devolver a Inocencio I el oro que se había sustraído de los tesoros de la Iglesia.

Inocencio I haría sólo una mención de pasada al saqueo de Roma en una de sus epístolas. Agustín, en cambio, no cesaba de meditar sobre lo sucedido:

Todo cuanto acaeció en este último saqueo de Roma: efusión de sangre, ruina de edificios, robos, incendios, lamentos y aflicción, procedía del estilo ordinario de la guerra; pero que (...) la crueldad bárbara del vencedor se mostrase tan mansa y benigna, que eligiese y señalase unas iglesias sumamente capaces para que se acogiese y salvase en ellas el pueblo, donde a nadie se quitase la vida ni fuese extraído; a donde los enemigos que fuesen piadosos pudiesen conducir a muchos para liberarlos de la muerte y de donde los que fuesen crueles no pudiesen sacar a ninguno para reducirlo a esclavitud, éstos son ciertamente efectos de la misericordia divina ⁴⁴.

A los seis días Alarico y sus huestes salieron de Roma y se encaminaron hacia el estrecho de Mesina, con el intento de asaltar la isla de Sicilia, repleta de refugiados romanos. Una epidemia en la que pereció el mismo Alarico -tenía sólo cuarenta años de edad- frustró sus proyectos bélicos a fines del mismo año 410. Sus guerreros cavaron la tumba del gran héroe de la guerra en el lecho del río Busento, previamente desviado de su curso y revirtiendo las aguas después de las ceremonias del entierro. Así su tumba quedó para siempre inaccesible. Allí mismo, en Cosenza de Calabria, Ataúlfo fue proclamado rey de los visigodos, quien hizo las paces con Honorio. Este, que en realidad tenía muy poco de honor, le dio a su hermana Gala Placidia por esposa y lo persuadió para que reconquistara las Galias de los otros bárbaros que la habían invadido. Ataúlfo, en efecto, conquistó la Aquitania y penetró en la península ibérica en el año 414. Instalado con su imperial esposa en Barcelona; allí fue asesinado en el 415 y ella pudo retornar a Italia. Ataúlfo fue sucedido por Walla en el 415 y éste, por Teodorico el visigodo en 419. Este gobernó hasta el año 451, fijando la capital de su reino en Toulouse.

Gala Placidia se casó en segundas nupcias con el noble romano Constancio, de quien tuvo como hijo a Valentiniano, que sería el tercero de ese nombre. Al morir Honorio en el año 423 Gala Placidia gobernó en nombre de este hijo, hasta su mayoría de edad. Murió en el año 450 y fue sepultada en el hasta hoy famoso mausoleo de su nombre, en Ravena.

Tal fue el escenario, tales fueron algunos de los personajes que por moverse en él deben haber sido conocidos para Casiano durante sus diez años de permanencia en Roma. Él mismo no nos proporciona más noticias de aquel memorable decenio.

13. Vía unitiva en la Galia meridional: Juan Casiano en Marsella (415-435)

Alrededor del año 415 Casiano emprendió la última etapa de su movido itinerario, estableciéndose en Marsella, donde, aparte de escribir sus tres obras, fundó dos monasterios, uno para hombres, el de San Víctor y otro, San Salvador, para mujeres ⁴⁵. Llegaba a las Galias entre sus cincuenta y sesenta años de edad, precedido de un gran prestigio. Sin duda que, después de San Agustín, él sería una de las figuras más conocidas de la Iglesia de Occidente en el decenio 420-430.

El obispo Cástor de Apt le pidió consejos para su monasterio recién fundado, el *novellum monasterium* de Menerbes. Él y otros hombres de Iglesia lo invitaron a difundir en las Galias su conocimiento personal y tan profundo del monacato egipcio. La fundación, no lejos de Marsella, del monasterio de Lérins por San Honorato, alrededor del año 410 -que rápidamente se convertiría en el centro monástico más floreciente de Occidente- había contribuido a este interés tan vivo y generalizado por los monjes de Oriente. Casiano dedicaría precisamente a Honorato y a Euquerio de Lérins la segunda serie de sus *Colaciones* y su contacto con los hombres de la isla iba a ser permanente. El abad de San Víctor de Marsella era consciente del valor incalculable de la tradición monástica, que él conocía a fondo y que, gracias a sus agradecidos interlocutores, legaría a la Iglesia latina. Asistido por su honda experiencia espiritual vivida en Oriente, se propuso integrar en el monacato occidental el estilo de vida cenobítica, con los elementos esenciales de la anacoresis.

Comenzó su obra literaria-espiritual con sus *Instituciones cenobíticas*, doce libros, de los cuales los cuatro primeros tratan de las observancias “exteriores” de los monjes y los ocho siguientes de los vicios capitales o de la problemática de la sique humana, como diríamos hoy. El famoso tratado escrito entre los años 420 y 425, va precedido de un prólogo dedicado al obispo Cástor de Apt. Su tono, radiante de modestia, revela al asceta llegado al culmen de su vida.

Muy poco después, a partir del año 426, Casiano se dedicó a la redacción de sus magistrales *Colaciones*. Como el obispo Cástor había fallecido, esta obra la dedicó en su primera edición de diez conferencias o entrevistas al hermano de este, el obispo Leoncio de Fréjus y al anacoreta Heladio.

La segunda serie de siete conferencias, como vimos, fue dedicada a Honorato y a Euquerio de Lérins, que se convertirían el primero en obispo de Arles y el segundo en el de Lyon. La tercera serie de otras siete conferencias fue destinada a los cuatro abades de las islas de Hyères: Joviniano, Minervio, Leoncio y Teodoro. Según confesión del propio autor aquellas veinticuatro *Colaciones* representan a los veinticuatro ancianos del Apocalipsis, que ofrecieron sus coronas al Cordero. Las diez primeras forman un tratado completo de la vida monástica; las otras catorce vendrían a precisar, enriquecer y matizar el pensamiento del autor.

La última obra de Casiano, el *De Incarnatione Domini contra Nestorium*, escrita alrededor de 430, abandona el ámbito de lo monástico para abocarse a los problemas cristológicos, entonces de especial actualidad. Cuando comenzó la oposición a Nestorio, patriarca de Constantinopla (428-431), por negar a la Virgen María el título de “Theotókos” (Madre de Dios), este escribió al Papa Celestino I (422-432), tratando de justificarse. Los opositores al patriarca enviaron a Roma varios de sus sermones, reveladores de sus tendencias doctrinales. El archidiacono León le envió entonces a su antiguo amigo Casiano aquellos sermones, junto con la petición de que escribiera algo sobre el tema, refutando a Nestorio. El escrito, formado por siete libros, iba a servir de testimonio en el sínodo romano que el Papa Celestino convocaría el mismo año de 430, para condenar a Nestorio. El conflicto teológico culminaría al año siguiente con el III^o Concilio ecuménico de Éfeso.

Casiano, de algún modo, había sentido que la petición de su amigo, el archidiacono León y futuro Papa León Magno (440-461), lo sacaba de sus temas preferidos que eran los monásticos.

Los monjes de Lérins, a su modo, estarían en el mismo empeño.

Debido a las invasiones bárbaras habían afluído al sur muchos fugitivos de la Galia septentrional. Por la misma causa la residencia imperial se había trasladado de Tréveris a Milán (y de allí a Ravena) y la prefectura de las Galias desde aquella misma ciudad de Mosela a Arles, en Provenza. Honorato, proveniente, como otros futuros monjes lerinenses de una familia pudiente del Norte, había intentado un viaje a Egipto, junto con su hermano Venancio y un anciano llamado Caprasio. Fallecido Venancio en Grecia, Honorato volvió por Italia al Sur de las Galias, quizás después de haber conocido algo de los famosos monjes de Egipto. En Fréjus se puso en contacto con su obispo Leoncio (el mismo de la segunda parte de las *Colaciones*), quien entre los años 400 y 410 le señaló la pequeña isla de Lérins, entre Cannes y Antibes, como lugar ideal para practicar la vida monástica al modo de los admirados orientales. Pronto acudieron numerosas vocaciones, ante todo de la clase alta desplazada del norte de las Galias, por lo que Lérins también fue llamada “la isla de los exiliados”. Uno de ellos fue el futuro Salviano de Marsella; pero el más notable fue Euquerio, quien alrededor de 412 se establecería en la vecina isleta de Lero (hoy isla de Santa Margarita), junto con su esposa Gala y sus hijos Salonio y Verano. Estos últimos hicieron su noviciado en la isla principal con el fundador Honorato y el sobrino de este, Hilario. Salonio y Verano se convertirían más tarde en obispos de Ginebra y de Vence respectivamente; su padre Euquerio, por su parte en arzobispo de Lyon.

Honorato, que en cierto momento había recibido la ordenación sacerdotal de parte de Leoncio de Fréjus, compuso una regla monástica que D. Adalbert de Vogüé identifica con la llamada *Regla de los cuatro Padres*. Dejando de manifiesto la admiración lerinense por todo lo relacionado con el monacato egipcio, esta regla se atribuye a cuatro monjes llamados Serapión, Macario, Pafnucio y “el otro Macario”. Tales seudónimos, detrás de los cuales de Vogüé cree poder descubrir los rasgos de las figuras históricas de Honorato, Hilario, Leoncio de Fréjus y quizás del viejo Caprasio, revelan el conocimiento de la *Historia monachorum*, de la *Historia lausiaca* y de los escritos del mismo Casiano. La *Regla de los cuatro Padres* confiere la máxima importancia al superior, catalizador de toda la comunidad, y denominado con el arcaico título de “el que preside”, al trabajo manual y a la virtud de la obediencia.

Casiano, al dedicar en el 425 la segunda parte de sus *Colaciones* a Honorato y a Euquerio, habla de Lérins con un “ingens fratrum coenobium”⁴⁶. El año 426 fue particularmente decisivo para este “gran cenobio de hermanos”: en él su fundador, Honorato, fue elevado a la sede episcopal de Arles, siendo sucedido en el cargo de superior por Máximo, quien a su vez en el 434 se convertiría en obispo de Riez. Según de Vogüé este cambio de gobierno hizo necesario un “aggiornamento”, bajo cuyo influjo se habría redactado la *Segunda Regla de los Padres*. En ella el superior ya lleva el título de “praepositus” y a diferencia de la *Regla de los cuatro Padres*, el acento está puesto en la caridad del conjunto de los hermanos, en el silencio y el oficio divino, rasgos que revelan el influjo de San Agustín. La *Segunda Regla de los Padres* menciona, además del cenobio, “celdas de ermitaños”, lo que es corroborado por el prefacio 1-3 de la *Colación XVIII*, que Casiano escribe más o menos en esa misma época (427-428) y por el *De lauda eremi* de Euquerio, datado igualmente en el 428.

Durante el régimen de Máximo en Lérins florecen a la vez la vida ascética y la literaria. En el 430 Euquerio publicaba su segunda obra el *De contemptu mundi*, mientras que en la vecina Marsella Casiano se dedicaba a cumplir con el encargo del archidiacono León de Roma de escribir contra la herejía de Nestorio. En 431, con ocasión de la muerte de Honorato de Arles, Hilario que lo sucedería en aquella sede, pronunció el elogio fúnebre que lleva el título de *Vita Honorati*. Tres años más tarde Vicente de Lérins publicaba su famoso *Commonitorium*. Ese mismo año Máximo era promovido de su cargo de prepósito de Lérins al de obispo de Riez, siendo sucedido en el cenobio por el bretón Fausto. Este gobernó en la isla más de veinticinco años, hasta convertirse a su vez en el 462 en obispo de Riez. Él y Vicente de Lérins serían los representantes de cierta actitud anti-agustiniana en materia de gracia y libertad, llamada no muy felizmente “semi-pelagianismo”. También Casiano compartía sus puntos de vista, como lo revela ante todo en su decimotercera *Colación*.

Podrá lamentarse que Juan Casiano, siempre tan deferente y dispuesto a admirar los talentos ajenos, frente a la egregia figura de San Agustín se mantuviera frío y distante. Aunque evitará nombrarlo, sus expresiones en *Instituciones* 12, 19 y en *Colaciones* 13, 18, pueden interpretarse

como dirigidas contra el obispo de Hipona, del cual lo separaba sin duda su formulación de la doctrina de la gracia. Casiano carecía de la profundidad metafísica de un San Agustín para resolver el problema de la relación entre gracia y libre arbitrio. En cambio, tenía una gran capacidad para percibir las repercusiones de las verdades dogmáticas en el orden espiritual. Como diría Hamann, “Casiano captaba con particular perspicacia el significado existencial de las verdades dogmáticas” ⁴⁷ .

El abad de Marsella se sentía heredero de la tradición de los Padres del monacato oriental, muy optimistas en cuanto a la naturaleza humana, en contra del pesimismo maniqueo. También Orígenes y Juan Crisóstomo, sus maestros, hablaban ese lenguaje. Por eso él llegó a sostener que la iniciativa del acto bueno podía provenir, al menos en ciertos casos, de la voluntad humana, que entonces sería poderosa para “atraer” la gracia ⁴⁸ . Extender la predestinación divina hasta el extremo de poner en entredicho la voluntad salvífica de Dios le parecía un “ingens sacrilegium”.

Próspero de Aquitania, fiel seguidor de San Agustín, atacó a Casiano con su obra titulada *Contra Collatorem* , escrita entre los años 432 y 433. Él, según su modo de ser tan característico, guardó un modesto silencio. Poco después, hacia 434 o 435, entraba, según su propia expresión, en el ansiado puerto del silencio definitivo.

Ni Próspero, ni nadie dudó nunca de la santidad del eminente escita. En 477, Genadio en su obra *De viris illustribus* habla de él como de “sanctus Cassianus”. La misma calificación emitirían los Papas Gregorio Magno, Urbano V y finalmente Benedicto XV. La Iglesia de Oriente festeja su onomástico el 28 o 29 de febrero. En Occidente la Iglesia de Marsella lo conmemora el 23 de julio.

Monasterio de San Benito de Llíu Llíu
Casilla 501
Limache
CHILE